

FUI un niño solitario y tímido. Nací en Rancagua, ciudad que acrecentó la enorme carga de soledad que me acompañó durante mi infancia y gran parte de mi adolescencia.

En aquel tiempo, Fernando había descubierto un juego maravilloso: hacer teatro. El escenario lo había construido entre dos eucaliptos; los actores eran monigotes de lana que le confeccionaban sus hermanos. Pero, cuando trató de entusiasmar a sus amigos, sufrió una profunda decepción; ninguno se interesó por ese juego. ¿Dónde estaba el poco y el ladrón? ¿Dónde las demostraciones de fuerza? ¿Dónde el vocalizar árboles? Y se quedó solo, dramatizando con voz aplebada y dolorida unos estrados libros. Luego su público fueron "las moras" (estampas de actrices cinematográficas) que traían los cajetines de cigarrillos "Ideal". Tan pronto terminaba la función corría a redactar la crítica, para la cual utilizaba una imprenta de juguete con tipos de goma.

—Mi madre fue una amante fervorosa del biógrafo, y mi padre, de las inevitables series, con sus héroes y heroínas en constante y señalada peligró. ¿Cómo discutíamos las posibilidades de salvación, o cuánto sufríamos con el drama desgarrador de esa pobre madre que ocultaba su nombre bajo el no menos melodramático de "La Mujer X"? Fue mi madre, también, una lectora infatigable de novelas por entregas, cuyos cuadercillos traía el cartero cada viernes con solemnidad de obispo en una dominical. "Alejandra... o el pecado de una madre" "Facienda o Reina", eran algunos de los folletines de la época que atormentaban mis noches, poblándolas de una humanidad en que la bondad, si bien era recompensada, llevaba pesadamente un pesado fardo de lágrimas y dolores.

Fernando fue un buen estudiante. Cada domingo regresaba a casa cargado de medallas, cintas blancuquinosas, estampas religiosas y diplomas de aplicación. Una tarde, vagando por las dormidas calles de Rancagua entré a la librería "Colón", y buscando encontré una colección de libros cuya fama era algo mejor que la de los cancioneros; el ejemplar costaba un peso y veinte centavos. Era "La escena", colección con títulos fascinantes: "El Gavilán", "El mal que nos hacen" y, de pronto, "La Mujer X". Pero, ¡no era ese el nombre de la película recientemente tabernada, sufrida y soñada en medio de un hipar colectivo en el viejo cine "Apolo"?.

—Tenía en mis manos, por vez primera, una obra teatral cuya posición y lectura transformaron por completo mi manera de sentir y de pensar.

Cada semana, primero, cada día, después, comencé más y más de estos libros. Mucho tiempo más tarde el dueño le confesó que "lo había librado de un buen chico". Hasta que un día descubrí un libro que lo sumergió en el mundo alucinante de la poesía; era "Bodas de Sangre", de García Lorca.

—Consciente de que esta vez mi lectura era distinta y podía con ella desahuciar a mis compañeros y profesores, lo llevé conmigo al colegio: los Hnos. Maristas, de Rancagua. Mi profesor de literatura, al verlo, alzó su índice acusador, relampaguearon sus pupilas azules, y con voz condenatoria me gritó: "¡Mala, lo vas a condenar!"

Fernando tenía nueve años cuando escribió su primera obra teatral: cinco páginas de cuadercillos.

—Se la leí a mi madre y ella me quedó mirando con una bondad que



Fernando Cuadra

Por MARIO CRUZ

solo se repitió cuando lo leía la vez postrera. Sonrió y me dijo: "Es bonita".

Y de súbito el dolor, la quiebra de su hogar y la evolución increíble de su madre; de criatura frágil a mujer enérgica, decidida a defender la felicidad de sus hijos. Luego del funeral del padre, con voz serena, sin desmayos, les dijo: "Se terminaron las pacientes. No quiero que más tarde nadie les diga: 'gracias a mi estudiante'. Yo los educaré. Ahora ustedes al colegio y yo a trabajar".

A los quince años, Fernando creó haber escrito la obra definitiva: "La Señorita Gómez y el mar", y sepró de su evidente genialidad se la entregó a su profesor de literatura. Recibió el veredicto tembloroso.

—¿Qué pretende, Cuadra, con esto? Mire, usted nunca podrá escribir; ni medianamente bien una carta.

Y tuvo razón. Todavía no es capaz de escribir una carta pasable. En 1943 ganó el Premio de Teatro Experimental con su tragedia "Las Mujeres", a poco tiempo volvió a triunfar con "Las moralitas de Jerico".

—Fue una de las fracasos más

rotundos y definitivos del teatro; de entonces. ¿Cómo me disculpaban los críticos? ¿Cómo se burlaron los cronistas? (Con que insistía me miraban algunos de los que me habían estrenado...). Y la obra no corría. No. La he reescrito. Tiene los defectos naturales e inevitables de todo autor joven; demasiada ambición, demasiada profusión y divagación en la estructura y en lo psicológico; demasiada y dolosa hermosura. No, no era mala. Fuera el millo su director, su vestuario, la escenografía, la música rapada a un dios en ímples rayado y laramodante. No fue un estreno; fue la más violenta y concienzuda matanza que se podía hacer con una obra nacional. Pero seguí escribiendo. El orgullo y el león que mi madre había puesto en mí, no lo abaldría ese primer y rotundo fracaso.

Cuadra es nervioso, apasionado, metódico, vagabundo, y hogareño. Confiesa que muchas veces se ha quedado solo, desahucado, casi enfermo de tristeza y vaciedad, pero que nunca ha perdido el optimismo, la fe en el hombre. Antes de escribir necesita caminar sin rumbo fijo. Cuando ha determinado el lugar en que vivi-

rán sus personajes se dirige hasta allí para impregnarse del ambiente, los ruidos, el olor; y lo hace a las más diferentes horas. Las actividades de Cuadra son muchas y es milagroso que el día le permita hacer tantas cosas. Es profesor en el Internado Nacional Barros Arana, corrige pruebas, ensaya y realiza funciones con su grupo teatral "Arlequín"; está adaptando para la compañía de Américo Vargas, la novela "Los últimos días", de Fernando Rivas, convierte en guión cinematográfico su obra "El Andamio", los viernes, durante dos horas le hace clases de literatura a la actriz Pury Durante; le queda tiempo para leer —posee una biblioteca con dos mil volúmenes— y "si pudiera iría todos los días al cine". También se preocupa de "Nicasio", el perro regalón de la familia, y de los castaños pajarricos que le conservan el campo en la ciudad. Sólo le falta ser noctámbulo; siente un gran resaca por los transnocheros: "aun unas herosas". Es profesor hace catorce años y ha faltado apenas tres días "para operarse". Nunca le han felicitado por tal record.

Cuadra tiene 40 años: "Soy más joven que Vittorio Gassman" —aclara con cierta coquetería—, y luego nos cuenta que tan pronto estrenaron la primera película de "Las Ruinas" corrió con su sobrina a verla. "porque un profesor debe estar al día en todo". Y cuando sus alumnos le preguntaron qué opinaba de los cantantes, "San Esteban", respondió con entusiasmo. Cuando habla de teatro, sus opiniones son categóricas: Pienso que resta muy poco del andar, magnífico y revolucionario Teatro Experimental, hoy convertido en un señor burgués con nombre de jubilado: Instituto del Teatro, que debe no ha sido capaz de aumentar el escaso público teatral y que su apoyo a los dramaturgos nacionales es ínfimo, discutible y nunca de acuerdo a sus posibilidades.

Fernando Cuadra es autor de veinte obras de teatro; le han estrenado diez. Recientemente ganó el primer premio del concurso de la S.A.T.C. (Sociedad de Autores Teatrales de Chile) con "La Niña", un drama que impresionó en tal forma al jurado que decidió aumentar el premio de quinientos a setecientos escudos. Cuenta la historia de una adolescente malhada por el cine erótico y los ídolos perturbadores que ofrecen la radio y las revistas. La acción ocurre en el barrio Estación Central, el mismo en que vive Cuadra. Tal vez el lugar exacto sea Múscara con Erasmo Escala, "con sus postores de frutas, hoteles equivocados, casas decentes y el ruido de los muchos garajes en donde desahucan autobuses". Es una obra amarga, cruda. En ella la muchachita conquista a un choler, a un hombre caído; luego de una relación íntima, éste le pregunta: "¿Me quieres?"; y ella responde: "Yo no he venido a querer, sino a saber". Eso da una idea del vigor con que Fernando Cuadra enfrenta la realidad.

—Pero ya creo profunda, intensa, dolorosamente en el ser humano, con todas sus posibilidades e imperfecciones; y pienso que ha de llegar el momento en que el hombre sepa realmente para qué y por qué vive. El teatro para mí, en el más recto sentido del vocablo, es y debe ser moral, profundamente moral. Rechazo con vigor el concepto del arte por el arte, y acepto el teatro como dedicación de una realidad que es preciso mejorar... ¿Explicación estos hechos mi obra teatral?... ¿Significaré algo en la evolución de nuestro teatro? No lo sé, pero cuando yo también para "desnuda como los hijos de la mar", ojalá se me recuerde diciendo: "¡Intentó hacer algo!".

Fernando Cuadra [artículo] Mario Cruz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cruz, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1965

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fernando Cuadra [artículo] Mario Cruz.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa